

Las manos amistosas no dejaron de revolotear alrededor de Thomas hasta que se puso de pie y lograron quitarle el polvo de la camisa y el pantalón. Todavía deslumbrado por la claridad, se tambaleó un poco. Lo consumía la curiosidad, pero aún se sentía muy confundido como para prestar atención a aquello que lo rodeaba. Sus nuevos compañeros se quedaron en silencio mientras él recorría el lugar con la vista, tratando de abarcar todo.

Los chicos lo miraban fijamente y reían con disimulo al verlo girar con lentitud la cabeza; algunos estiraron las manos y lo tocaron. Debían de ser por lo menos unos cincuenta: sudorosos, con la ropa manchada como si hubieran estado trabajando duro; eran de todos los tipos, tamaños y razas, con el pelo de distintos largos. De repente, se sintió mareado por el constante parpadeo de sus ojos, que no dejaban de observar a los chicos, ni el extraño sitio al que había llegado.

Se hallaban en un enorme patio, superior en tamaño a una cancha de fútbol, bordeado por cuatro inmensos muros de piedra gris, cubiertos por una enredadera tupida. Las paredes debían de tener más de cien metros de altura y formaban un cuadrado perfecto. En la mitad de cada uno de los lados había una abertura tan alta como los mismos muros que, por lo que pudo ver, conducía a unos pasadizos que se perdían a lo lejos.

—Miren al *Novicio*—dijo una voz áspera, que no pudo distinguir a quién pertenecía—. Se va a romper su cuello de *garlopo* por inspeccionar su nueva morada.

Varios chicos rieron.

—Cierra la trompa, Gally —respondió una voz más profunda. Se concentró nuevamente en las decenas de extraños que lo contemplaban. Sabía que tenía aspecto de estar aturdido, pues se sentía como si lo hubieran drogado. Un chico alto, de pelo rubio y mandíbula cuadrada se acercó a él con rostro inexpresivo y lo olió. Otro, bajo y regordete, se movía nerviosamente, mirándolo con los ojos muy abiertos. Un muchacho de aspecto asiático, fornido y musculoso, se cruzó de brazos mientras lo examinaba, con la camiseta arremangada para mostrar sus bíceps. Otro, de piel oscura, el mismo que le había dado la bienvenida, frunció el entrecejo. Una infinidad de caras lo observaba atentamente.

—¿Dónde estoy? —preguntó, sorprendido al escuchar su voz por primera vez desde la pérdida de memoria. Le sonó algo extraña, más aguda de lo que hubiera imaginado.

—En un lugar no muy bueno —dijo el muchacho de piel oscura—. Relájate y descansa.

—¿Qué Encargado le va a tocar? —gritó alguien al fondo de la multitud.

—Ya te lo dije, larcho —respondió una voz chillona—. Es un mierterero, así que será Fregón, ni lo dudes —agregó, y lanzó una risita tonta, como si acabara de decir la cosa más graciosa del mundo.

Al escuchar tantas palabras y frases sin sentido, volvió a sentir que el desconcierto presionaba su pecho. *Larcho. Mierterero. Encargado. Fregón.* Brotaban tan naturalmente de las bocas de todos que le resultaba extraño no entenderlas. Estaba desorientado: parecía que la memoria perdida también se hubiera llevado parte de su lenguaje.

En su mente y en su corazón se había desencadenado una batalla de emociones. Confusión. Curiosidad. Pánico. Miedo. Pero mezclada con todo eso, había una oscura sensación de absoluta desesperanza, como si el mundo se hubiera acabado, borrado de su cabeza, y hubiese sido reemplazado por algo terrible. Quería correr y esconderse de esa gente.

El chico de la voz áspera estaba hablando.

—...ni siquiera hizo tanto. Te apuesto lo que quieras que es así. Aún no podía ver su cara.

—¡Dije que cerraran el hocico! —gritó el muchacho de piel oscura—. ¡Sigán así y se quedarán sin recreo!

*Ese debe ser el líder*, concluyó Thomas, al tiempo que sentía odio al ver cómo todos lo admiraban. Luego se dedicó a estudiar la zona, a la que el chico había llamado el Área.

El piso del patio parecía estar hecho de grandes bloques de piedra. Muchos de ellos tenían grietas llenas de hierba y malezas. Cerca de una de las esquinas del cuadrado había un edificio extraño y ruinoso de madera, que contrastaba con la piedra gris. Estaba rodeado de unos pocos árboles, cuyas raíces parecían garras que perforaban la roca en busca de alimento. En otro sector se encontraban las huertas. Desde donde se hallaba, podía distinguir plantas de maíz, de tomate y árboles frutales.

Al otro lado del recinto había corrales de ovejas, cerdos y vacas. Un gran bosque ocupaba el último recodo. Los árboles cercanos parecían secos y sin vida. El cielo era azul y no había ni una nube; sin embargo, a pesar de la claridad, no alcanzó a ver ninguna huella del sol. Las sombras que se arrastraban por los muros no revelaban la hora ni la ubicación: podía ser temprano en la mañana o la última hora de la tarde. Mientras respiraba profundamente tratando de calmarse, fue atacado por una combinación de olores: tierra recién trabajada, abono, pino, algo podrido y algo dulce. Por alguna razón desconocida, él sabía que así debía oler una granja.

Volvió la vista hacia sus captores, sintiéndose raro pero, al mismo tiempo, desesperado por hacer preguntas. *Captores*, pensó. *¿Por qué habrá aparecido esa palabra en mi cabeza?* Examinó sus rostros, analizando cada expresión, evaluándolos. La mirada de un chico, encendida por el odio, lo sobresaltó. Parecía tan enfadado que no le habría resultado extraño si se le hubiera acercado con un cuchillo. Tenía pelo negro y, cuando hicieron contacto visual, sacudió la cabeza y se dirigió hacia un mástil grasiento de hierro junto a un banco de madera. Una bandera multicolor colgaba sin vida de la punta: no había viento que la hiciera flamear para revelar su dibujo.

Impresionado por la actitud del muchacho, miró fijamente su espalda hasta que este dio media vuelta y se sentó.

Entonces apartó la vista rápidamente.

De pronto, el líder del grupo, que tendría unos diecisiete años, se adelantó. Llevaba ropa normal: una camiseta negra, jeans, calzado deportivo, un reloj digital. A Thomas le resultó extraña la forma en que vestían pues imaginó que tendrían que usar ropa más amenazante, como un uniforme de prisión. El chico de piel oscura tenía el pelo muy corto y la cara bien afeitada. Pero más allá de su constante ceño fruncido, no había nada en él que infundiera temor.

—Es una larga historia, shank —dijo, finalmente—. Irás conociéndola poco a poco. Mañana harás conmigo la Visita Guiada. Hasta entonces, trata de no romper nada —estiró su brazo—. Soy Alby.

Estaba claro que quería que le diera la mano.

Thomas se negó a hacerlo en forma instintiva. Sin decir nada, se alejó del grupo, caminó hasta un árbol cercano y se sentó con la espalda apoyada contra la corteza rugosa. El pánico se desató nuevamente en su interior, casi imposible de tolerar. Pero respiró hondo e hizo un esfuerzo por tratar de aceptar la situación. *Cálmate*, pensó. *No resolverás nada si te dejas dominar por el miedo.*

—Cuéntamela entonces —le gritó, luchando por no quebrar la voz—. La larga historia.

Alby echó una mirada a los amigos que tenía más cerca y puso los ojos en blanco. Thomas estudió otra vez a la multitud. Su cálculo original había sido bastante acertado: eran unos cincuenta o sesenta chicos que iban desde la plena adolescencia hasta jóvenes casi adultos como Alby, que parecía ser uno de los mayores. En ese momento, se dio cuenta de que no tenía idea de su propia edad y, ante ese descubrimiento, se le cayó el alma a los pies: estaba tan perdido que ni siquiera sabía cuántos años tenía.

—En serio —dijo, abandonando esa máscara de valentía—. ¿Dónde estoy?

Alby caminó hacia él y se sentó con las piernas cruzadas. La tropa lo siguió y se agrupó detrás. Las cabezas asomaban aquí y allá para ver mejor.

—Si no estás asustado —dijo—, no eres humano. Si actúas de otra manera, te voy a arrojar por el Acantilado porque eso querría decir que eres un enfermo.

—¿*El Acantilado*? —preguntó, mientras sentía que la sangre desaparecía de su cara.

—Shuck —exclamó Alby, restregándose los ojos—. No hay forma de empezar esta conversación, ¿entiendes? Te prometo que aquí no asesinamos a larchos como tú. Solo trata de evitar que te maten. Sobrevive... haz lo que puedas.

Se detuvo unos segundos y Thomas tuvo la impresión de que se había puesto todavía más pálido al escuchar los últimos comentarios.

—Escucha —dijo Alby, y luego se pasó las manos por el pelo corto mientras largaba un suspiro prolongado—. No soy bueno para estas cosas: eres el primer Novicio desde que mataron a Nick.

Los ojos de Thomas se agrandaron. Un chico se acercó al líder y le dio unas palmadas amistosas en el hombro.

—Espera hasta la condenada Visita Guiada, Alby —bromeó, con un acento extraño—. Al pichón le va a dar un bruto infarto, todavía no escuchó nada —agregó, luego se inclinó y le extendió la mano—. Novato, me llamo Newt, y todos aquí nos sentiremos de maravillas si perdonas a nuestro nuevo líder con cerebro de garlopo aquí presente.

Thomas le dio la mano. Parecía mucho más agradable que Alby y también era más alto que él, pero aparentaba ser un año menor. Era rubio y llevaba el pelo largo, que le caía sobre la camiseta. Tenía brazos musculosos con las venas muy marcadas.

—Calladito, shank —gruñó Alby, tomando a su amigo del hombro para que se sentara a su lado—. Al menos él puede entender la mitad de lo que digo —se oyeron algunas risas y luego todos se apretaron detrás, listos para escuchar lo que ellos iban a decir.

Alby abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

—Este lugar es el Área, ¿de acuerdo? Es donde vivimos, comemos y dormimos. Nos llamamos a nosotros mismos los Habitantes del Área. Eso es todo lo que...

—¿Quién me envió aquí? —preguntó Thomas, una vez que el miedo dejó paso a la ira—. ¿Cómo...?

Antes de que pudiera terminar la frase, la mano de Alby se estiró y lo sujetó de la camiseta, apoyándose hacia adelante sobre las rodillas.

—¡Vamos, larcho, levántate! —Alby se puso de pie, mientras continuaba aferrándolo de la ropa.

Thomas finalmente logró incorporarse con esfuerzo, y el temor lo inundó otra vez. Retrocedió contra el árbol, tratando de alejarse del líder, que se mantenía justo delante de él.

—¡Se acabaron las interrupciones! —gritó—. No te hagas el matón. Si te contáramos todo caerías muerto aquí mismo, justo después de larcharte los pantalones. Los Embolsadores se harían cargo de ti y ya no nos servirías para nada.

—No sé de qué estás hablando —repuso lentamente, asombrado ante la firmeza de su voz.

Newt extendió la mano y tomó a Alby de los hombros.

—Viejo, cálmate un poco. Así no lograrás nada, ¿no ves?

El chico soltó la camiseta de Thomas y retrocedió, respirando agitadamente.

—No hay tiempo para amabilidades, Novicio. La vida anterior se terminó. Aprende pronto las reglas, escucha y no hables. ¿Me captas?

Thomas dirigió la mirada hacia Newt en busca de ayuda. En su interior, todo era convulsión y dolor. Las lágrimas, que pugnaban por salir, le quemaban los ojos.

Newt sacudió la cabeza.

—Novato, entendiste, ¿no?

Estaba furioso, quería golpear a alguien, pero apenas masculló un “sí” en voz baja.

—Buena esa —dijo Alby—. El Primer Día. Eso es lo que hoy es para ti, larcho. Se acerca la noche, los Corredores están por venir. La Caja llegó tarde hoy, no hay tiempo para la Visita Guiada. Queda para mañana por la mañana, justo después del despertar —agregó, y se volvió hacia su amigo—. Consíguele una cama y haz que se duerma.

—Buena esa —repuso Newt.

Alby miró a Thomas y entornó los ojos.

—En pocas semanas estarás feliz de hallarte aquí. El Primer Día ninguno de nosotros tenía la más remota idea de dónde se encontraba. Tú tampoco. Mañana empieza la nueva vida.

Dio media vuelta y, abriéndose paso entre la multitud, se encaminó hacia el edificio de madera de la esquina. La mayoría de los chicos se alejó, echándole al recién llegado una mirada persistente antes de desaparecer.

Cruzó los brazos, cerró los ojos y respiró profundamente. El vacío que sentía en su interior pronto fue reemplazado por una gran tristeza. Todo eso era demasiado. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué era ese lugar? ¿Sería una especie de prisión? De ser así, ¿por qué lo habían enviado allí y por cuánto tiempo? El idioma era raro y a ninguno de los chicos parecía preocuparle si él vivía o moría. Las lágrimas amenazaron de nuevo, pero se negó a dejarlas salir.

—¿Qué hice? —susurró, aunque sus palabras no estaban dirigidas a nadie—. ¿Por qué me habrán mandado aquí?

Newt le dio una palmada en el hombro.

—Novicio, todos pasamos por lo mismo. Nosotros también tuvimos nuestro Primer Día y salimos de esa caja oscura. Las cosas están mal, es cierto, y pronto se pondrán mucho peor. Esa es la verdad. Pero en poco tiempo estarás peleando en serio. Puedo ver que no eres un marica.

—¿Acaso esto es una cárcel? —preguntó, mientras hurgaba en la oscuridad de sus pensamientos, tratando de encontrar alguna conexión con su pasado.

—¿Ya terminaste con las preguntas? —repuso el muchacho—. No hay buenas respuestas para ti. Por lo menos, no todavía. Mejor no hables y acepta el cambio, que ya llegará la mañana.

Thomas no dijo nada y permaneció con la cabeza baja y los ojos fijos en el piso rocoso y agrietado. Una hilera de hierbas de hojas pequeñas se extendía por el borde de uno de los bloques de piedra. Unas diminutas florcitas amarillas asomaban como buscando el sol, que hacía rato había desaparecido detrás de los enormes muros del Área.

—Chuck será perfecto para ti —dijo Newt—. Es un enanito regordete, pero buena persona en el fondo. Quédate aquí. Ahora regreso.

No bien terminó la frase, un aullido inhumano atravesó el aire. Agudo y penetrante, el grito resonó por el patio de piedra y todos los chicos que estaban a la vista giraron la cabeza hacia el lugar donde se había originado. Sintió que la sangre se le congelaba al descubrir que el horrible sonido provenía del edificio de madera.

Hasta Newt había saltado del susto, con una expresión de gran preocupación en su rostro.

—Joder —exclamó—. ¿Acaso los Docs no pueden controlar a ese larcho durante diez minutos sin mi ayuda? —sacudió la cabeza y pateó ligeramente el pie de Thomas—. Habla con Chuckie, dile que tiene que buscarte un lugar para dormir —dio media vuelta y corrió hacia el edificio.

Thomas se deslizó por el tronco del árbol hasta caer otra vez en el suelo. Se encogió contra la corteza y cerró los ojos, deseando poder despertar de esa horrorosa pesadilla.